
BERLINGUER Y LA IZQUIERDA EUROPEA

Horst Ehmke



Enrico Berlinguer murió el 11 de junio de 1984 en Padua, a consecuencia de un derrame cerebral sufrido pocos días antes, cuando estaba pronunciando un discurso electoral en la campaña para las elecciones al Parlamento Europeo. La enfermedad y muerte del secretario general del Partido Comunista de Italia (PCI) tuvieron una resonancia inmensa, mucho más allá de sus amigos y simpatizantes políticos: el papa Juan Pablo II rezó por él; el presidente Pertini acompañó el cadáver en su viaje a Roma «como a un hermano, amigo, compañero de lucha», y millón y medio de compatriotas le rindieron homenaje en la mayor manifestación masiva de la vida republicana de Italia.

Todo esto no sólo refleja el hecho de que el muerto fuera el líder del mayor y más influyente partido comunista en Occidente, con 1.600.000 afiliados y más del

30 % del electorado. Los actos de homenaje reflejan también el respeto a Berlinguer como persona, a su acción y estilo políticos. Dirigió el PCI durante 15 años,

a partir de 1969, primero como secretario general encargado durante la enfermedad de Luigi Longo y, a partir de 1972, como su sucesor. En este período contribuyó de manera significativa a la «secularización» del comunismo italiano y su «europeización», es decir, a la transformación del PCI —no siempre continua— en un partido occidental desde el punto de vista político y cultural.

No pretendo, en el presente artículo, apreciar las cualidades personales de Berlinguer, aunque reconozco la importancia de ellas para su impacto político: la gran impresión que causaba su serenidad, el fuerte contenido moral de sus convicciones, su capacidad de escuchar y aprender en conversaciones con personas de creencias diferentes. Como dijo Piet Dankert en su discurso fúnebre, su fe en la posibilidad de un cambio reformista unía ideas realistas con visiones de futuro. Todo esto caracterizó también los numerosos contactos entre socialdemócratas alemanes y Berlinguer, desde los últimos años de la década de los 60 cuando se estaba formulando la nueva política hacia el Este y luego, en los 70, en torno a problemas de las relaciones entre Este y Oeste así como del papel de Europa en el mundo.

Centraré mi atención en la cuestión de los impulsos políticos (y los límites de éstos) que Berlinguer dio al PCI para encaminarlo hacia la concepción del socialismo democrático. Sin duda, el proceso de transformación no ha concluido. Tampoco el PCI pretende ser candidato para afiliarse a la Internacional Socialista. Sería ahistórico querer olvidar el hecho de que el PCI es producto de la Revolución de Octubre y que desea conservar su identidad específica como partido comunista aún bajo distintas condiciones. Ciertamente su evolución es de importancia vital para la izquierda europea en su conjunto.

Cuando Berlinguer afirma que seguirá siendo comunista a pesar de todas las ten-

**El PCI es producto
de la Revolución de Octubre
y desea conservar su identidad
específica como partido
comunista.**

dencias convergentes de la izquierda de Europa occidental, nos merece tanto respeto como cuando critica reiteradamente a la socialdemocracia internacional que, sin desconocer su éxito en la extensión del Estado social, no ha podido superar el capitalismo en ninguna parte. Pero habrá que preguntar, asimismo, qué es lo que distingue la práctica reformista del PCI de la práctica socialdemócrata.

En todo caso, la reorientación teórica y política práctica del PCI representa uno de los capítulos más fascinantes de la historia del movimiento obrero europeo. Apoyándose en la importante labor previa de Togliatti y Longo, el partido realizó bajo el espíritu rector de Berlinguer un «nuevo salto cualitativo» al desvincularse del contexto histórico del comunismo fijado en Moscú, aceptando los principios políticos centrales del orden democrático en los países industrializados de Occidente. Los duros ataques soviéticos contra la dirección del PCI indican claramente que no se trata de una maniobra táctica para alcanzar el poder, sino de un cambio fundamental y duradero de la esencia y finalidad del comunismo italiano. La aceptación de la cooperación europea y atlántica de su país en el contexto de la Comunidad Europea y la OTAN es sólo un aspecto de ese cambio profundo.

El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y sus partidos hermanos de Europa occidental han seguido ese cambio con especial atención, y en el Parlamento Europeo se produjeron votaciones conjuntas en varios campos. Más allá del fortalecimiento democrático, este cambio abre la perspectiva de eliminar la esencia de la división del movimiento obrero de Europa occidental, la cual ha sido fatal desde muchos puntos de vista. Así, contribuyó muy significativamente al triunfo del fascismo en Italia y Alemania.

Centraremos nuestra atención en las tres áreas ya mencionadas: las relaciones

con Moscú, la posición frente a la democracia (incluyendo la interna del PCI) y la posición ante la cooperación europea y atlántica. En todas ellas, Berlinguer pasa a encabezar a los renovadores —a veces tras ciertos titubeos— convirtiéndose así en creador, defensor y protagonista de lo que, desde 1975, se denomina «euro-comunismo».

Distanciamiento de Moscú

Quizá esta línea de acción de Berlinguer se deba al hecho de que, a diferencia de muchos otros dirigentes comunistas, no estaba arraigado en la tradición político-cultural de la Comintern y que no había llegado a conocer las escuelas de la Comintern en Moscú ni las cárceles fascistas en el exilio. Hijo de una familia aristocrática liberal burguesa, nació en 1922 en Sassari, Cerdeña. Se unió al PCI en 1943 y, poco después de la retirada de los alemanes, apareció en Roma, donde se dedicó desde finales de 1944, y en estrecha colaboración con el jefe del partido Togliatti, a formar una nueva organización juvenil comunista.

De 1949 a 1956 Berlinguer fue secretario general de esa organización. En el período comprendido entre 1950 y 1953, fue al mismo tiempo presidente de la Federación Mundial de la Juventud Democrática con sede en Praga. En esa función tuvo una destacada participación en la organización del Festival Mundial de la Juventud de 1951, celebrado en Berlín Este. En aquel tiempo contrajo amistad con Erich Honecker, entonces presidente de la Juventud Alemana Libre, relación que perduraría pese a todas las controversias políticas posteriores entre el Partido Socialista Unificado de Alemania y el PCI. Electo secretario del Comité Central en 1958, y miembro del Buró Político en 1966, Berlinguer se dedicaba prioritariamente a la tarea organizativa. En 1968,

encabezando la candidatura de Roma, obtuvo su primer escaño en la Cámara de Diputados, a la que perteneció hasta su muerte.

A partir de 1964, Berlinguer se destacó en reiteradas oportunidades como jefe de las delegaciones italianas en negociaciones con el PCUS y conferencias multilaterales de los partidos comunistas, entre ellas la III Conferencia Mundial de Moscú, en 1969. Ya en ese entonces defendió posiciones propias explícitas al condenar la intervención de las potencias del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia y exigir mayor racionalismo en la discusión con los comunistas chinos. Más aún, planteó explícitamente que en el movimiento comunista no debía existir «ni centro, ni partido, ni Estado guía». Gracias a Berlinguer, la dirección del PCI decidió en aquella oportunidad firmar solamente la parte del documento final relativa al programa de

Berlinguer condenó la intervención en Checoslovaquia y exigió mayor racionalismo en la discusión con los comunistas chinos.

acción política, pero no los capítulos teórico-analíticos.

Otro paso importante hacia la emancipación del PCI de sus vínculos históricos

lo presentó la conferencia de los partidos comunistas europeos celebrada en Berlín oriental en junio de 1976. Junto con los yugoslavos, españoles y rumanos, Berlinguer abogó por la eliminación del «internacionalismo proletario», cargado con la pretensión de liderazgo de Moscú. Propuso un «nuevo internacionalismo» encaminado hacia la cooperación igual entre los partidos y, más aún, hacia un movimiento diferenciado de «fuerzas políticas y sociales de diferentes orientaciones ideológicas». En efecto, luego de serios enfrentamientos con los soviéticos, la conferencia decidió eliminar el concepto del «internacionalismo proletario». En el documento final se dice que los partidos «estrecharán la cooperación internacional solidaria y voluntaria entre camaradas sobre la base de las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin» (nótese que desapareció la fórmula de la base del «marxismo-leninismo»).

A pesar de esto, Berlinguer defendió la concepción togliattiana de la «unidad en la pluralidad» del comunismo internacional hasta la década de los ochenta. Según ella, los comunistas están unidos por un consenso político-ideológico fundamental por encima de toda diferencia específica, el cual los distingue de todos los demás partidos y corrientes. Por otra parte, no cesó de alabar las «transformaciones y logros estables» de la Unión Soviética y sus aliados así como atribuir a la política exterior de Moscú, en forma bastante acrítica, «el valor de un gran mensaje universal de la paz y revolución». En este contexto no pretendemos establecer hasta qué punto tales declaraciones obedecían al deseo de mantener la unidad del partido durante el difícil período de la «gran alianza» con la Democracia Cristiana (1976-79) y de no ofrecer a los soviéticos motivos adicionales para intentar maniobras de división. Lo cierto es, por otra parte, que esta posición —analizada con poco realismo por la dirección del PCI, incluso más tarde— impidió que el partido asumiera plenamente su cuota de responsabilidad nacional y fortaleció el escepticismo a nivel internacional, incluyendo a los socialdemócratas alemanes.

La supresión del proceso de reformas en Polonia en diciembre de 1981, inspirada por los soviéticos, terminó convenciendo a Berlinguer de la necesidad de un deslinde ideológico-político claro entre el PCI y Moscú. En un comentario sorprendentemente duro —y obviamente sin consulta previa de la dirección del partido— Berlinguer constató que la fuerza motriz del socialismo de reformas del tipo comunista soviético, alimentada por la Revolución de Octubre, se había agotado. La aguda afirmación, adoptada luego por la inmensa mayoría del PCI, surtió un efecto determinante para las relaciones del PCI con los soviéticos y los partidos comunistas controlados por éstos. Por primera vez en su historia, el PCI expresó

Berlinguer hizo lo posible para eliminar el aspecto particular y privilegiado que caracterizaba las relaciones del PCI con el PCUS.

una crítica fundamental al sistema social comunista soviético: «*En Europa oriental, el marxismo fue elevado al papel de ideología de Estado y se petrificó como dogma cerrado*», dijo Berlinguer. Así, la innovación fundamental de la filosofía de Marx, a saber su crítica de la ideología, se había convertido justamente en su contrario. Que la ideología se había pervertido en un instrumento, con el efecto de que en toda Europa oriental, a consecuencia de la presión soviética, «*se destruían la libertad y las energías creadoras*» y se frenaba la «*dinámica económica, tecnológica y cultural*».

Tal crítica fundamental se combinó con la crítica de la política exterior soviética, donde el PCI ya había diagnosticado con anterioridad —después de Afganistán— tendencias y esfuerzos dirigidos a «*sustituir los procesos revolucionarios autónomos por la expansión del área de influencia propia mediante una política de fuerza sujeta a criterios estratégicos*». Dada su particular filosofía de seguridad, la dirección soviética hasta se veía obligada a presionar a sus aliados europeos del Este, o incluso intervenir militarmente cuando movimientos reformistas en estos países traspasaban los límites del cambio del sistema trazados por Moscú. El PCI, decía Berlinguer, no iba a apoyar la política exterior soviética porque equivaldría a «suicidarse». Más bien, iba a tomar posición en cada caso particular haciéndola depender de las posiciones y acciones concretas de Moscú en cada uno de ellos.

En consecuencia, Berlinguer hizo lo posible para eliminar el aspecto particular y privilegiado que caracterizaba las relaciones del PCI con el PCUS y otros partidos comunistas, igualándolas a las relaciones con partidos y tendencias de orientaciones fundamentales diferentes basadas en programas progresistas y transformadores de la sociedad. Al igual que Lenin, quien había constatado el fracaso de la II Interna-

cional luego del estallido de la primera guerra mundial colocándose al frente de un movimiento nuevo, Berlinguer constató la bancarrota del «socialismo real» a la

Para nosotros Lenin sigue siendo un gran revolucionario, pero al mismo tiempo es quien dividió el movimiento obrero tradicional.

a la liquidación del «centralismo democrático» efectuada de hecho en 1983. Ciertamente que, para nosotros, Lenin sigue siendo un gran revolucionario, pero al

Democracia política como principio

Desde el punto de vista histórico, la reinterpretación ideológica anterior fue, quizá, el paso más determinante que dio el PCI bajo el liderazgo de Berlinguer. El partido abandonó el sistema estrecho del movimiento comunista nacido en la Revolución de Octubre y orientado hacia Moscú, abriéndose así espacio para establecer relaciones políticas con los socialistas democráticos. Las condiciones previas para la extensión de tales relaciones se han mejorado no sólo por el claro deslinde del PCI respecto de Moscú, sino también debido a su giro positivo y constructivo hacia Occidente, hacia sus valores políticos fundamentales y su cooperación.

Berlinguer atribuía gran importancia a la conservación de ciertos elementos de la herencia leninista. Ciertamente que rechazaba explícitamente las teorías del partido y del Estado formuladas por el revolucionario ruso. Pero quería conservar el subjetivismo del acto revolucionario (que supera la espera pasiva de la socialdemocracia internacional). Algunos rasgos de este modo de pensar se encuentran en los estatutos reformados de 1979, donde el PCI ciertamente liquidó el concepto de «marxismo-leninismo» y el dogmatismo de guión relacionado con él, pero al mismo tiempo sostiene que el partido recibió también «un impulso histórico de las ideas innovadoras y la obra de Lenin». Los socialdemócratas no podemos aceptar esa referencia a Lenin que, dicho sea de paso, se puso de manifiesto también en la resistencia táctica que opuso Berlinguer

mismo tiempo es quien dividió el movimiento obrero tradicional, es una referencia histórica que no aporta nada a la solución de los problemas actuales de las sociedades industriales del Oeste, y que en el Este fue petrificado como santo del altar.

En Berlinguer, el culto parcial a Lenin cede más y más ante el deseo de «atreverse a practicar más democracia» (Willy Brandt) y de «construir una sociedad socialista sin abandonar el terreno de la democracia». En este sentido, la democracia política y el pluralismo político y social representan valores fundamentales para Berlinguer (a diferencia de los comunistas occidentales moscovitas, para quienes sólo tienen valor táctico como terreno de lucha favorable para obtener el poder). Esta posición del PCI se puso de manifiesto, por ejemplo, en su decidida defensa del Estado de Derecho y la Constitución italiana contra el terrorismo de las Brigadas Rojas. Berlinguer también la defendió sin rodeos en las conferencias comunistas y los congresos del PCUS. Ante su XXV Congreso, celebrado en 1976, y ante la indignación soviética, Berlinguer afirmó que la clase obrera italiana podía alcanzar sus objetivos históricos sólo dentro de un «sistema pluralista y democrático». Y prosiguió: «*Luchamos por establecer una sociedad socialista, que ha de ser el punto culminante del desarrollo democrático garantizando todas las libertades individuales y colectivas, las libertades de culto y cultura, de las artes y ciencias*».

En todo esto Berlinguer se sentía inmerso, por una parte, «en la tradición ideológica y cultural que se enraiza e inspira en las ideas de Marx y Engels», según rezan los nuevos estatutos del PCI de 1979. Por otra, sin embargo, instaba al PCI «a compararse con todas las corrientes filo-

sóficas modernas» destacando así el «carácter terrenal y racional» del partido (v. estatutos). Por ejemplo, calificaba al catolicismo como gran fuerza espiritual y política con la que los comunistas pueden entrar en un diálogo serio. «*El cristianismo aprecia aspectos de la vida y las relaciones humanas*», dijo Berlinguer en 1976, «*que un marxista podría pasar por alto, aunque sea parcialmente. Estamos abiertos a reconocer los valores y verdades de otros*».

La socialdemocracia internacional le causó mayor dificultad, como ya dijimos más arriba, aunque —¿o quizá justamente porque?— el PCI, con su estrategia evolucionista de introducir «gradualmente elementos del socialismo» en la sociedad existente (Berlinguer), prácticamente ya no se distingue de las tendencias y fuerzas socialdemócratas que, ante la parálisis de la socialdemocracia tradicional originada por la contradicción entre su teoría revolucionaria y su praxis reformista, luchan por reformas transformadoras del sistema capitalista.

Giro hacia Europa occidental

No fue Berlinguer, sino que fueron los «socialdemócratas» Amendola y Napolitano, quienes, desde comienzos de la década del setenta, habían estado estimulando a su partido a intensificar el diálogo con los socialdemócratas y socialistas y darle nuevos impulsos de izquierda a la Comunidad Europea. Tras algunas vacilaciones, Berlinguer aceptó estos estímulos y los fomentaba con determinación, con la finalidad de «reafirmar la posición política y económica de Europa» entre sus amigos y vecinos soviéticos.

De este modo, Berlinguer —quien fue más bien simpatizante de Francia y su cultura política— contribuyó significativamente, impresionado por la política de distensión adelantada por Bonn, a mejo-

rar la imagen negativa de la RFA en su partido y en toda Italia hasta convertirla, en parte, en una imagen con aspectos positivos. Hoy en día incluso la gente del PCI mira con esperanza hacia Alemania occidental porque está convencida de que ella representa un fuerte motor capaz de dar nuevos impulsos a la distensión y promover la transformación de la Comunidad Europea de unión económica en unión política.

El «giro hacia Europa occidental» del PCI está estrechamente vinculado con el corte del cordón umbilical con Moscú. El partido está inmerso en la búsqueda de nuevos horizontes en política exterior, a saber, la Europa de la Comunidad y las fuerzas socialistas democráticas que actúan en su seno. La presencia y el papel activo de Berlinguer en el Parlamento Europeo deben interpretarse como manifestación simbólica de esa reorientación. Si estudiamos los respectivos documentos del PCI y observamos sus actividades políticas en Estrasburgo, nos damos cuenta de que las posiciones del comunismo italiano coinciden, en casi todas las áreas, con las posiciones mayoritarias de los socialistas democráticos. Veamos sólo algunas de ellas:

— El PCI promueve un papel más activo en la Comunidad Europea en las políticas económicas, energéticas, tecnológicas y sociales. Además, espera nuevos impulsos integracionistas de la ampliación institucional de la Comunidad, como lo demuestra su apoyo al Informe Spinelli. En este sentido, el PCI es incluso más optimista que el SPD, que teme que esto implique el peligro de fugarse en abstractos debates constitucionales como han existido en la década de los cincuenta.

— Al igual que nosotros, el PCI está convencido de la necesidad de transformar la Comunidad Europea, en el sentido de la «reafirmación de Europa», de la comunidad económica en una comunidad

Berlinguer calificaba al catolicismo como gran fuerza espiritual y política con la que los comunistas pueden entrar en un diálogo serio.

de paz, un factor de equilibrio entre Este y Oeste, no como «tercera fuerza» entre los bloques sino como fuerza autónoma dentro de la Alianza Atlántica. La Comunidad, «nuestra» Comunidad, debe elaborar ideas propias específicas para fomentar la seguridad, distensión y cooperación y contribuir a un cambio de rumbo en las relaciones entre Washington y Moscú mediante una política de «moderación, sensatez e iniciativas constructivas»; así lo señaló Berlinguer en Estrasburgo en 1980.

— Berlinguer desarrolló una sensibilidad especial frente a los problemas del Tercer Mundo. Los informes de la Comisión Brandt tuvieron mucho eco en el PCI. Lo interesante es que el PCI enmarcó este compromiso dentro de un sistema referencial de la Comunidad Europea deslastrándolo de este modo de su carácter anterior algo abstracto y frecuentemente dirigido contra los intereses occidentales:

para Berlinguer, Europa tenía la función importante de defender la independencia político-cultural de los países del Tercer Mundo (también contra los intentos de penetración de los soviéticos) y de ayudarles a resolver sus problemas económicos en un contexto de socios con derechos iguales.

Según Berlinguer (1982), Europa y el movimiento obrero occidental estaban asumiendo un papel, por razones estructurales y políticas, que los convertía en «epicentro de la nueva fase de lucha por el socialismo». Aquí podemos apreciar una convergencia interesante con la política de la Internacional Socialista que, desde que Willy Brandt asumió su presidencia (1976), ha superado el eurocentrismo característico del movimiento obrero clásico.

Nuevas tareas

Bajo el liderazgo de Berlinguer, el PCI asumió conscientemente los riesgos aca-

rrados por el cambio teórico, la aceptación de la democracia, la apertura frente a los que piensan de manera diferente, riesgos aún mayores para un partido que creció en el marco del pensamiento y tradiciones de la Comintern. Ha superado los mayores problemas de su evolución histórica marcada durante decenios por el movimiento comunista internacional fijado ideológica y políticamente en Moscú. De este modo, se ha convertido en un gran «partido de reformas y del pueblo» (Berlinguer), que codetermina la política de Italia y tiene raíces en toda la población distinguiéndose, por ejemplo, del Partido Comunista Francés (PCF) que, aferrado a su identidad tradicional, parece destinado a la decadencia. Los sucesores del finado líder continuarán en este proyecto básico del PCI.

Es evidente que el PCI afronta nuevas tareas y nuevos problemas a raíz de la

Berlinguer reiteró, casi de modo bernsteiniano, que no existían «modelos» fijos de socialismo, que el movimiento era lo determinante.

«occidentalización», producto de su «secularización» y de su nueva autointerpretación como partido democrático de reformas radicales con ambiciones de go-

bernar, problemas que, en nuestra opinión, no se han resuelto bajo Berlinguer. ¿En qué consiste esta «tercera vía» que el PCI debe seguir entre la socialdemocracia y el comunismo soviético «agotado en su dinamismo»?

Berlinguer reiteró, casi de modo bernsteiniano, que no existían «modelos» fijos del socialismo, que el movimiento era lo determinante. Si la izquierda europea tiene futuro su vía ciertamente no podrá seguir las ideas y líneas divisorias tradicionales, sino que debe orientarse hacia nuevos problemas. ¿Qué es lo que Europa puede aportar al establecimiento de una comunidad de seguridad entre Este y Oeste que abra la puerta a la creación de un orden de paz europeo? ¿Cuáles pueden ser sus aportes a un nuevo orden político y económico internacional que asegure la paz mundial garantizando a todos los países, incluyendo los del Tercer Mundo, su

oportunidad justa de desarrollarse en libertad y dignidad? ¿Qué condiciones políticas generales han de crearse en los países industrializados occidentales, en lo estructural y procedimental, para que haya un crecimiento cualitativo que, manteniendo la competitividad económica, no sacrifique valores humanos, ecológicos y sociales fundamentales al mecanismo ciego de competencia y lucro? ¿Cuáles son las nuevas concepciones del orden social digno que garantiza la seguridad social de modo más económico y, a la vez, más justo?

Estos serán los temas centrales de la revisión del programa de Godesberg del SPD. No pretendemos que el PCI preste juramento a nuestras banderas, pero si le preguntaremos por sus concepciones. Berlinguer echó las bases para que tales conversaciones puedan ser fructíferas y tener sentido. Le ofrecemos nuestro mayor respeto más allá de la tumba.

Horst Ehmke es miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y vicepresidente del grupo parlamentario de su partido.

© *Die Neue Gesellschaft*

Por una cultura

viva y plural

Los Cuadernos del Norte

Literatura · Arte · Cine · Poesía
Pensamiento
Diálogo · Asturias · Inéditos · Música
Teatro · Actualidad...

Director: Juan Cueto Alas

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



Redacción, Suscripciones y Administración:
Plaza de La Escandalera, 2 · Oviedo-3 · España
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.